

Los diálogos literarios como precursores de la entrevista periodística

JUAN CANTAVELLA

Rastrear los orígenes de la entrevista periodística en los diálogos literarios puede parecer una pretensión vana o, cuanto menos, *dilettante*. ¿Quién se acuerda, cuando lee el relato de una charla con algún individuo, llevada a cabo para ser divulgada en un medio de comunicación, de aquellos textos de la antigüedad o del Siglo de Oro, donde algunos interlocutores mantenían sesudas o livianas conversaciones por el propio placer de la plática? ¿Qué tiene que ver la búsqueda apremiante de la información a través del interrogatorio a un personaje real con aquellos intercambios conversacionales, plácidos y disquisitorios, entre personajes ficticios? ¹

Lo que hoy llamamos entrevista periodística surge en Estados Unidos hacia los años treinta del pasado siglo y su antecedente más inmediato es la transcripción de los interrogatorios policiales y judiciales (Nilsson, 1971, p. 711; Cantavella, 1994, pp. 183-185, del t. I). Poco a poco, tal búsqueda de los hechos noticiosos se fue independizando y los periodistas fueron actuando como pesquisadores que despliegan, ante ese amplio jurado que es el público, los frutos de sus averiguaciones, con una reproducción más o menos literal de los resultados de su demanda ante los personajes informantes u opinantes. De ahí parece que fue derivando un tipo de textos periodísticos

¹ La mayoría de las informaciones que aparecen en los periódicos han sido obtenidas mediante la conversación, como es obvio y han puesto de relieve varios autores, pero donde ésta alcanza su plenitud es en el género periodístico llamado entrevista, ya que después se ofrecen al lector las palabras de los interlocutores casi textualmente. «Consideramos entrevista la reproducción de un diálogo del periodista con alguna persona, e incluso con varias, siempre que aparezca como tal diálogo.»

que se basan en la conversación, presentándolos siempre en este primer momento como tal coloquio (pregunta-respuesta), con un señalamiento paralingüístico a través de los guiones o de las comillas.

Sin embargo, han sido varios los expertos que han apuntado a un origen más remoto de la entrevista cuando han señalado la relación que observan con los diálogos literarios: un género que cuenta con numerosas y notables muestras en las letras españolas y universales. Tales textos se engarzaron rápidamente con el naciente periodismo y se trasladaron con viveza a las páginas de las publicaciones periódicas, para servir, no tanto a la belleza de las formas, cuanto a la controversia ideológica, propia de los siglos xviii y xx². A juicio de tales tratadistas, la ascendencia de la entrevista podría fijarse tanto en los diálogos antiguos o renacentistas como en la forma contemporánea y periodística que se encontraba muy presente en los papeles volanderos que entonces circulaban con profusión, aunque la población lectora fuera escasa.

A juicio de algunos, se ha producido una evolución desde aquellas formas plenamente literarias o las manifestaciones periodísticas de estructura semejante hasta desembocar en las llamadas entrevistas. O sea, desde las conversaciones ficticias a las conversaciones reales (por más que persista en éstas un elevado grado de convencionalismo). A nosotros nos parece que se trata de realidades muy distintas. Pero, a pesar de eso, creemos que es perceptible la huella de aquéllos en este tipo de textos periodísticos actuales.

En el capítulo que Gargurevich dedica a la entrevista incluye un largo epígrafe sobre los orígenes de este tipo de diálogos, retrotrayéndose a los conocidos de la antigüedad clásica, pues «fueron los griegos, quienes le dieron la forma escrita con sistema de preguntas y respuestas, desarrollando la conversación argumental» (p. 71). Después, «el diálogo periodístico nace a fines del siglo xviii cuando se utiliza el periódico como vía para exponer conversaciones de interlocutores antagónicos que exponen ideas de actualidad. El tema de la conversación es actual, vigente; los interlocutores siguen siendo inventados» (*ibídem*). Concluye de todo ello que «el diálogo-periodístico continúa su desarrollo hasta su casi extinción en la actualidad. De sus técnicas, uso y manejo, se desprende la entrevista-periodística» (p. 73).

También alude a esta relación García Luengo, quien escribe en un artículo: «La colaboración de ambas personas concede a la entrevista un matiz nuevo, por lo menos en viveza, brevedad y plasmación de ambiente, ya que no pueden olvidarse algunos insignes diálogos de la antigüedad o algunas famosas conversaciones de la historia literaria.» Sin embargo, concluye con que, «en rigor, la entrevista periodística es otra cosa». Naturalmente que lo es,

² Era algo habitual el que las publicaciones de estas centurias incluyeran diálogos en sus páginas. Pero la derivación del diálogo ficcional literario hacia el periodístico es anterior: sólo hay que examinar las hojas sueltas de imprenta del siglo xvi alemán (las llamadas *flugblätter*) que incluyen conversaciones breves, ligeras y de lenguaje sencillo, con algún aprovechamiento doctrinal, pues es frecuente que medie la propaganda luterana.

pero lo que estamos señalando aquí no es la identificación, sino la relación que existe entre una y otra, aun presentando características tan diversas. Y la posibilidad de que se haya producido una derivación de un género tan arraigado en la literatura peninsular.

Por su parte, el periodista Ismael Herraiz señala que «el instinto popular para la lectura ya selecciona de antiguo los diálogos como prosa más legible e interesante»³, lo que quiere significar el arraigo que tal tipo de textos tiene entre la gente culta y la continuidad del diálogo en una forma u otra, lo que en cualquier caso se percibe como placentero⁴.

Así que son varios los que han señalado esta relación y no nos encontramos solos cuando escribíamos en nuestra tesis doctoral que «la entrevista cuenta con un antiquísimo arraigo, puesto que fija sus bases en la conversación, en las interrogaciones que el discípulo dirige a su maestro, en los diálogos literarios...» (p. 4) y en otro lugar: «Si la entrevista periodística declara en su misma esencia la dependencia estructural y la derivación cronológica de los diálogos literarios, es la entrevista fingida la que, abiertamente, toma elementos de aquellas conversaciones demoradas, adaptándolos a la presentación que la prensa realiza de los interrogatorios y contrastes de opinión. Con lo cual viene a ser una síntesis lograda de unas y de otros» (p. 137).

Pero cuanto hemos apuntado hasta el momento no es sino el punto de partida, porque de lo que se trata es de demostrar que existe una relación efectiva entre las entrevistas que comienzan a publicarse en los periódicos españoles en la segunda mitad del siglo XIX y los diálogos literarios. Estimamos que el elemento de unión más acusado entre una clase y otra de textos es la capacidad conversacional, no discursiva, pues en ella se refleja el interés de unas personas por lo que cuentan otras. Es la base de la entrevista periodística: la interrogación sobre las actividades u opiniones del entrevistado para saciar la curiosidad que el público tiene respecto a ellos, o el coloquio en torno a un tema que el periodista promueve y sobre el que incita a que su interlocutor se manifieste, y que se enriquece por la mutua exposición de pareceres.

Se trata de una charla viva, dinámica; con aportaciones personales en base a la demanda que efectúa un interlocutor; con uno que expone y el otro que escucha y sigue el hilo argumental, excitándolo a través de sus preguntas o incredulidades; en fin, manteniendo una auténtica conversación como las que se producen en la vida cotidiana. No hay que olvidar que, como escribió

³ Cfr. Santiago Córdoba (1951); *Con carota y sin careta*. Madrid, Talleres Gráficos Paisol, p. 17.

⁴ De hecho, el diálogo no real persiste en la prensa española en la modalidad que Martínez Albertos califica como «entrevista fingida» (p. 311), aunque a estas alturas remeda más bien a la entrevista que a los diálogos del pasado. Véase la sección de Víctor Márquez Reviriego en la revista *Tribuna de actualidad* y que lleva por título «Auténticas entrevistas falsas».

el periodista Manuel del Arco, «una interviú no es, ni más ni menos, que una conversación llevada a la letra impresa»⁵.

Esta preponderancia conversacional no siempre se encuentra en los diálogos literarios. En multitud de ocasiones, éstos se deslizan por un terreno que los hace aparecer como discursos superpuestos, que nada tienen que ver con lo que sería un encuentro normal entre dos interlocutores, porque no se interroga, ni se manifiesta curiosidad, aprecio o desdén por las opiniones ajenas. En tales casos casi podríamos hablar de monólogos, puesto que el diálogo implica una alternancia en la expresión de ideas, sentimientos o informaciones⁶.

Nos atreveríamos a decir que esta forma poco participativa es, por desgracia, la más frecuente y sólo en algunos casos, que vamos a examinar con mayor atención, podemos encontrar una auténtica manifestación de interés real por las opiniones o los hechos que afectan a otras personas. Y de ello se desprenderá lo que la Ana Vian califica como «mímesis conversacional»⁷.

Veamos algunos ejemplos, tanto situados en la dirección que nos interesa destacar, como en la que no representa ninguna aportación a los fines que aquí perseguimos. Por ejemplo, en *El banquete o del amor*, de Platón, Apolodoro es requerido para que cuente algo de lo que tiene fidedigna noticia: una cena en casa de Agatón, donde se reunieron Sócrates, Alcibiades, Pausanias y Aristófanes, entre otros, y donde hubo discursos y conversación en torno al amor. La presentación de estas disquisiciones no se asemeja a la estructura de la entrevista: sólo el diálogo inicial recuerda el requerimiento del periodista a una fuente de información, no para una entrevista propiamente dicha, sino para obtener datos con destino a componer una noticia. Apolodoro presenta una relación cronológica y lineal de lo sucedido⁸.

⁵ Cfr. Nicolás González Ruiz, dir. (1960), *Periodismo. Teoría y práctica*. Barcelona, Noguer, p. 403.

⁶ El diccionario de la Real Academia de la Lengua lo define como «plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos». Al referirse al género literario se especifica que en ellos «se finge una plática o controversia entre dos o más personajes» (20.^a edición, 1984). «El diálogo mantiene una convención muy frecuente a lo largo de toda su historia —afirma Vian (1988, pp. 173)—: se presenta como transcripción de una conversación realmente acontecida.» O sea, que deberían realizarse a imitación de lo que ocurre en la vida real, algo que sólo se cumple plenamente en contadas ocasiones.

⁷ Habría que precisar algo sobre lo «conversacional» y es que se trata de una noción variable en el tiempo. Existen muchas clases de conversaciones y nuestros planteamientos están influidos por la consideración actual y por la imitación que se realiza del intercambio cotidiano a nivel popular en nuestros días. En otras épocas y en determinados estratos sociales la mímesis sería otra, evidentemente.

⁸ Murphy (1988, p. 29) explica la aportación de Platón a este género con las siguientes palabras: «El “diálogo socrático” o el “diálogo platónico” ha sido definido como “una exposición en forma convencional”. En un típico diálogo, Sócrates, manifestando su ignorancia sobre el tema, hace preguntas a otro personaje; de las preguntas formuladas y de sus respuestas se llega a un conocimiento completo del tema en cuestión.»

En cuanto a *Fedón o del alma*, también se percibe una estructura semejante: Equécrates interroga a Fedón sobre las últimas horas de la vida de Sócrates, de las que fue testigo, y por tanto depositario de sus últimos pensamientos. Quizá se ofrece una mayor participación de Equécrates (solo un poco), porque el diálogo inicial es más consistente y se produce un cierto número de interrupciones. Reproduce Equécrates la postura de quien ignora lo sucedido e intenta sonsacarlo y esclarecerlo con sus palabras: «¿Y qué es lo que dijo antes de morir? ¿Y cómo acabó sus días?» (p. 75). «¿Y cómo fueron las circunstancias de la muerte? ¿Qué fue lo que se dijo o se hizo? ¿Qué amigos fueron los que estuvieron con él...?» (p. 77).

Las preguntas se atropellan para obtener toda la información, con afán de precisión y de agotar no sólo lo esencial, sino también los matices. A pesar de ello, tampoco se parece a una verdadera entrevista: habría dado esa sensación si Fedón hubiera ido respondiendo directamente a las demandas y no hubiera optado por la reseña lineal de su experiencia al lado de Sócrates en aquellos amargos momentos.

Los *Diálogos*, de Luciano de Samosata, tampoco aportan mucho a nuestra indagación. Su editor José Alsina presenta su obra como una combinación del diálogo platónico y la comedia menandrea: de ahí nace un nuevo subgénero (el diálogo lucianesco), «donde se conjugan seriedad y comicidad» (p. XVIII). El mismo Luciano se presenta acosado a la vez por la filosofía y por la comedia, cuya fusión llevará a una aportación propia y original.

Son diálogos en los que priva el humor y la burla entre actitudes conversacionales muy cercanas al sentir popular de éstas. Los textos se configuran en una gran diversidad, pues los hay dotados de punzante ironía, irreverencia y desparpajo (los *Diálogos de los dioses*), al lado de otros que se acompañan de intención ejemplificante, con una carga narrativa que casi supera a la dialógica (*El gallo y Lucio o el asno*, por ejemplo). No encontramos en su estructura o desarrollo nada parecido a la plática periodística tal como se realiza en nuestros días. Tampoco en las *Tusculanas* de Cicerón o en los *Diálogos* de Séneca, por mencionar algunos de los más representativos de la antigüedad clásica.

Llegamos así a los textos pertenecientes a este género que proliferan en la literatura española del siglo xvi. Alfonso de Valdés, con su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* y el *Diálogo de Mercurio y Carón*, representa una tendencia por la que se imita la conversación cotidiana en la persecución del convencimiento. De lo que se trata es de lograr que uno de los interlocutores demuestre al otro la bondad y preeminencia de sus razonamientos.

En el primeros de los casos Latancio defiende al emperador Carlos V, que se ha enfrentado al Papa y propiciado el saqueo de Roma. Su contradictor es un arcediano que habita en la curia romana y ha sido víctima de los desmanes soldadescos. Se oponen, por tanto, dos arquetipos que se hallan situados en posiciones antagónicas. Latancio expone desde el comienzo sus in-

tenciones: «Y lo primero que haré será mostraros cómo el emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho. Y lo segundo, cómo todo lo que ha acaecido ha sido por manifiesto juicio de Dios, para castigar aquella ciudad» (1992, p. 91). A partir de ahí los argumentos de uno y otro se enzarzan en desigual lucha, pues el soldado que defiende la actuación imperial no es sino trasunto del autor, involucrado como se sabe en el servicio directo de Carlos V. No hay neutralidad, por tanto, sino pasión y anhelo de justificar las acciones de su señor.

El *Diálogo de Mercurio y Carón* observa un aire semejante, aun valiéndose de instrumentos más distanciados, como son los personajes mitológicos. Lo expone lisa y llanamente desde la primera línea del *Premio al lector* con que encabeza esta obra: «La causa principal que me movió a escribir este diálogo fue deseo de manifestar la justicia del emperador y la iniquidad de aquellos que lo desafiaron» (1987, p. 3). En ambos casos se percibe una imitación de la plática cotidiana, pero dirigida a unos fines evidentes que el autor no oculta en ningún momento, sino que se exponen de entrada como en la tesis escolarística: *quod est demonstrandum*.

Los dos diálogos tienen poco que ver con los que después se han popularizado en los periódicos. Recuerdan más a la *altercatio*, a las controversias medievales, aunque la segunda ha sido dotada de elementos humorísticos que el autor ha supuesto de gran eficacia para los objetivos que pretende (al utilizar personajes fantásticos la puede aplicar mejor al margen de la verosimilitud).

En cuanto al *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, corresponde a un tipo diferente, aquel que sirve para el aprendizaje («obra de naturaleza expositiva e informativa» la califica Vian, 1987, p. 50). Tres personas, muy interesadas en todo lo que atañe a la lengua castellana, interrogan, contradicen o presentan sus alegaciones al autor para que les ilustre en cuestiones relativas a ella. El medio por el que se realiza esta elevada charla es preguntar, de una forma escolar o desde la ignorancia, a quien sabe mucho, pero el resultado es el progreso en el conocimiento al que puede llegarse con la aportación de todos, aunque uno de ellos sepa más que los demás. También en las entrevistas a veces se finge ignorancia para que la doctrina del «maestro» resalte ante los lectores y las preguntas le den pie para una mejor exposición de su doctrina u opiniones.

Por último, cumple examinar una obra de autor anónimo, el *Viaje de Turquía*. De todas cuantas hemos podido conocer es la que mayor y mejor ascendencia manifiesta sobre los diálogos periodísticos. La conversación entre Pedro de Urdemalas, Juan de Voto a Dios y Mátalascallando se dirige a explicar el primero, a instancias de los otros dos, el viaje que ha realizado en galeras cristianas para combatir a los infieles, hasta que cayó en poder de éstos. Una larga estancia en el país de los turcos le han permitido conocer a fondo sus creencias, costumbres, organización social y política, su mentalidad y trato a los cristianos prisioneros.

El marco y las características del diálogo aparece como semejante a los que se escribían en aquella época. Aquello que lo diferencia y lo hace interesante para nuestra indagación es el planteamiento expositivo, que no se realiza como un monólogo ante espectadores absortos en la escucha, sino como explicación a instancias de las preguntas que formulan interlocutores interesados en conocerlo todo, hasta los aspectos aparentemente triviales.

«La odisea de Pedro de Urdemelas», que es como se presenta la aventura que protagoniza este personaje, es contada hasta en los menores detalles, gracias a la instigación de los dos amigos que lanzan sucesivas preguntas con el fin de que el narrador no se limite a ofrecer cuatro trazos de sus peripecias, sino que descienda a los sucesos nimios y a los pensamientos escondidos en relación con cuanto le aconteció.

Se percibe un verdadero afán de conocimiento por parte de Juan de Voto a Dios y Matalascallando, que guarda enorme parecido con la curiosidad profesional del periodista que lanza pregunta tras pregunta para llegar al más exhaustivo conocimiento de algo que ha sucedido y que importa para los lectores. Incluso hay impaciencia por recibir toda la información ante un personaje que se presenta remiso a contar todo lo que ha pasado. Veamos un fragmento del comienzo, cuando se manifiesta su porfía para vencer las resistencias del narrador.

«PEDRO: Tiempo habrá para contarlo.

MATA: Por amor de Dios, no nos tengáis suspensos, ni colgados de los cabellos. Sacadnos de dubda.

PEDRO: El caso es, en dos palabras, que yo fui cautivo y estube allá tres o cuatro años. Después salvéme en este ábito que aquí veís, y agora voy a cumplir el voto que prometí y dexar los ábitos y tomar los míos propios, en los cuales procuraré servir a Dios el tiempo que me diere de vida; esto es en conclusión.

JUAN: ¿Cautivos de moros?

PEDRO: De turcos, que es lo mesmo.

JUAN: ¿En Berbería?

PEDRO: No, sino en Turquía (...).

JUAN: ¡Jesús! Pues ¿dónde o cómo?

PEDRO: En Constantinopla.

JUAN: ¿Y dónde os prendieron?

PEDRO: En esos mares de Dios.

JUAN: ¡Qué desgraciadamente lo contáis y qué como gato por brasas! Pues ¿quién os prendió, o cuándo, o de qué manera, y cómo salistes, y qué nos contáis? (p. 121).

Pronto se convence Pedro de Urdemalas que la curiosidad de sus interlocutores es grande y que no va a saciarla con cuatro migajas de su terrible ex-

perencia, por lo que accede a colmar aquel ingente deseo con la única imposición de que no le corten durante la explayación sobre los sucesos más cargados de interés. Hasta el comienzo resulta típico: un narrador que se pone en manos de sus interrogadores porque tiene tantas cosas que contar que no sabe qué es lo que puede interesar más. Pero la solución la aportan los curiosos interlocutores:

« PEDRO: No sé por dónde me comience.

MATA: Yo sí: del primer día, que de allí adelante nosotros os iremos preguntando...» (p. 128).

Efectivamente, se cumple tal aseveración. Son cientos de preguntas las que se deslizan a lo largo de este encuentro y de esta manera queda aplacada la curiosidad, que a nosotros se nos antoja muy periodística, al dar cuenta de todo lo que ha sucedido, no de forma espontánea, sino a través de los estímulos verbales que le presentan sus amigos. Y como también ocurre en la entrevista periodística, a veces dicho acicate no se plantea en forma de pregunta, sino de afirmación que lleva a que el entrevistado asienta o contradiga, ofreciendo una información interesante, como ocurre asimismo en la conversación cotidiana.

¿Qué podríamos concluir después de este repaso a unos cuantos diálogos de la antigüedad y del Renacimiento español? Una estructura conversacional, semejante a la que se practica en la entrevista periodística, se observa en contadas ocasiones, aunque algunas de ellas, como el *Viaje de Turquía* que acabamos de examinar, resulta un ejemplo acabado de ello⁹. Sin embargo, en otra gran parte de los existentes se perciben actitudes y planteamiento que parcialmente se adscriben a este tipo de presentación. Aunque predominen disposiciones de controversia, aprendizaje o ejemplificación, es posible comprobar cómo se comparten formas dialógicas de las que ahora se practican en los medios periodísticos.

Esta afición al diálogo ha resultado perdurable en el tiempo y ha sido el motivo de que, cuando decayó su cultivo literario, se experimentara una derivación en el ámbito periodístico, que ha tenido abundante presencia en publicaciones de los siglos XVIII y XIX. En este terreno se da una inclinación a la lucha ideológica y, en buena medida, un alejamiento de los modos conversacionales vulgares, como si no pudiera perder tiempo ni espacio en ellos.

El diálogo literario no parece tanto un antecedente inmediato de la entrevista periodística, cuanto indirecto, en la medida que aquel propicia el

⁹ Quizá nuestra apreciación del *Viaje de Turquía*, como diálogo más cercano a la entrevista, se encuentra influida por el hecho de que allí la conversación es más informativa que controversia y, sobre todo, porque se plantea desde la peripecia personal del entrevistado, como también es frecuente en la entrevista periodística. Así nos lo hizo notar la doctora Vián Herrero al leer estas páginas.

gusto por este tipo de exposición e indagación que cala en la clase ilustrada, seguidora de los diarios y revistas. De ahí que los lectores, que se habían acostumbrado a disfrutar con aquel tipo de textos, acojan con interés y agrado las nuevas formas dialógicas.

La curiosidad y la controversia, que se hallan en la base de las relaciones humanas y, por tanto, de la conversación cotidiana (que los diálogos quieren imitar), es también la que sustenta la entrevista en todo momento. En ese sentido hay una continuidad formal en los textos conversacionales de uno y otro signo, aunque los literarios sean inventados, respondan a la voluntad del autor y busquen el convencimiento y la belleza, mientras que los periodísticos sean reales, pretendan reflejar lo exactamente dicho y el autor pase a un segundo plano, pues en la mayoría de las ocasiones se limita a servir de estímulo y de correa transmisora.

Por cuanto venimos apuntando, los diálogos literarios pueden ser considerados como precursores remotos de la entrevista periodística, aunque se han producido manifestaciones intermedias que los acercan más. De la lectura de aquéllos aún es posible extraer ideas y adoptar actitudes que sean útiles para los profesionales que practican el diálogo real en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1980): *Viaje de Turquía*. Edición de Fernando García Salinero, Madrid, Cátedra.
- CANTAVELLA, J. (1994): *La entrevista periodística* (2 vols.). Tesis doctoral inédita, presentada en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense.
- GARCÍA LUENGO, E. (1959): «Las entrevistas», en el diario *Arriba*, 29 de marzo, p. 34.
- GARGUREVICH, J. (1982): *Géneros periodísticos*. Quito, Belén.
- LUCIANO DE SAMOSATA (1988): *Diálogos*. Introducción, traducción y notas de José Alsina. Barcelona, Planeta.
- (1991): *Relatos fantásticos*. Introducción de Carlos García Gual, Madrid, Mondadori.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, J. L. (1992): *Curso general de redacción periodística*. Madrid, Paraninfo.
- MURPHY, J. J., ed. (1988): *Sinopsis histórica de la retórica clásica*. Madrid, Gredos.
- NILSSON, N. G. (1971): «The origin of the interview», en *Journalism Quarterly* (Estados Unidos), núm. 48, pp. 707-713.
- PLATÓN (1982). *El banquete o del amor. Fedón o del alma*. Introducción, traducción y notas de Luis Gil. Barcelona, Planeta.
- VALDÉS, A. de (1987): *Diálogo de Mercurio y Carón*. Edición de Rosa Navarro Durán. Barcelona, Planeta.
- , (1992): *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid, Cátedra.

- VALDÉS J. de (1984): *Diálogo de la lengua*. Edición de Antonio Quilis. Barcelona, Plaza Janés.
- VIAN HERRERO, A. (1987): «La mimesis conversacional en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés», en *Criticón* (Toulouse), núm. 40, pp. 45-79.
- (1988), «La ficción conversacional en el diálogo renacentista», en *Edad de Oro*, VII (Universidad Autónoma de Madrid), pp. 173-186.